



EL NIÑO MASTAI ORANDO CON SU MADRE POR PIO VI.

CAPÍTULO III.

RELACIONES DEL NIÑO JUAN MARÍA MASTAI

CON EL SUMO PONTÍFICE PIO VI.

EXTRAÑO á primera vista parecerá el título que á este capítulo damos. Habiendo nacido el niño *Juan María* en el año 1792, y fallecido en 1799 Pio VI, ¿qué clase de relaciones podia tener con Su Santidad un niño de siete años? Sin embargo, las tuvo, y muy íntimas y muy eficaces.

La Condesa su madre, que por las indicaciones que llevamos hechas puede conocerse que era una de las mujeres mas piadosas, puso en relacion continua á su buen hijo con el Padre Santo; elevó el tierno corazon de *Juan María*, le hizo comprender las desgracias que sufría el representante de JESUCRISTO, las persecuciones de que era blanco; su inocencia y el negro crimen y horrendo pecado que sus perseguidores cometian; describíale los repugnantes episodios de la terrible tragedia que se representaba en el seno de la sociedad cristiana, y así iba suscitando en el alma exquisita de su hijo el interés respecto á todo lo que se referia á la sagrada persona de Pio VI.

La Condesa convenció al niño de la necesidad imprescindible de orar, porque, le decia, es la oracion un arma que está bien en toda mano, y que todo corazon lleno de fe sabe esgrimir con éxito. «Únete, hijo mio, proseguia la Condesa, únete al Padre Santo por medio de la simpatía mas profunda, y sé soldado de su causa, apoyándole por medio de la oracion. Mira que los niños pueden mucho delante de Dios, si son buenos; prométeme que ni un solo dia pasará sin que gratuitamente ruegues conmigo por el Papa; ¿no es verdad que me prometes hacerlo así, hijo mio?»

«¡Oh sí, madre, contestaba el hijo, yo os lo prometo!»

Todas las mañanas *Juan María* se postraba al lado de su madre ante una devota imagen para ofrecer á Dios las potencias de su alma y los sentidos de

su cuerpo, agregando á las oraciones matutinas un *Pater* y un *Ave* para obtener el triunfo de la Iglesia y la tranquilidad de su Cabeza visible.

Que la oracion de aquel niño habia de tener influencia poderosa en el trono del Altísimo está fuera de duda; al cielo, que tenia señalados destinos tan extraordinarios á aquella tierna criatura, no podian serle indiferentes las primicias de su palabra; de aquella palabra que tanta gloria habia de dar á JESUCRISTO afirmando su divinidad, á María sancionando la fe en su immaculada pureza, á la Iglesia defendiendo á costa de sacrificios inmensos sus mas caras prerogativas, y extendiendo las fronteras de su imperio enviando misioneros y obispos á puntos que de ellos carecian.

Si medir debemos la influencia de la oracion del infante por la predileccion demostrada posteriormente al Pontífice, no es arriesgado creer que, mas que la de otros justos, la plegaria de aquel niño acortó la duracion y amenegó la intensidad de los dias de prueba.

Amaneció el dia terrible cuya aurora temian los católicos del universo. El profano brazo de la política descreida y maquiavélica cayó sobre el Pontífice; llegó la abominacion de la desolacion. Supo el mundo que el indefenso soberano de Roma, el venerable Rey de las conciencias, era arrastrado al cautiverio.

La condesa de Mastai, noticiosa del grave acontecimiento, se dirige á su hijo, le abraza, le aprieta contra su corazon, y ¡oh, hijo mio, le dice, hoy sí que debes orar con especial fervor por nuestro venerable Pontífice! Has de saber que ha sido arrebatado por la fuerza material de la ciudad de Roma, que llora huérfana, como tú llorarías si me arrebataran á mí de nuestra casa.

Juan María prorumpió entonces en amargo llanto; un doble sentimiento de compasion le embargó en aquellos instantes: *Roma huérfana, el Pontífice prisionero*: ambas palabras, que el niño Mastai comprendia en todo su significado, avivaban su dolor.

Puede decirse que aquel dia, en aquel instante nació en su corazon la íntima, viva, siempre creciente simpatía, que le ha merecido la augusta ciudad, de la que debia ser un dia la mas radiante gloria.

En aquel dia Roma recibió el primer suspiro del alma de *Juan María Mastai*; la primera de toda la prolongada série de expresiones de amor, de cariño, de entusiasmo que la ciudad de los santos Apóstoles ha recibido y seguirá recibiendo de sus augustos labios.

Para el augusto niño era inconcebible que existieran hombres capaces de insultar y oprimir á su buen padre. Y puesto que ya despuntaba en él el talento preclaro que el Señor le concedió, supo formular sencillamente un argumento:

«Decidme, madre mia, ¿es posible que Dios permita que el Papa, su representante, sea ultrajado, tan santo y bueno como es...?»

«Hijo mio, contestó la Condesa, precisamente porque es bueno y santo y representante de JESUCRISTO, Dios permite estas cosas. ¿No recuerdas la historia de JESUCRISTO que varias veces te he contado?»

«¡Oh, sí, madre mia!»

«Pues bien, recuerda que JESÚS siendo la bondad misma tuvo enemigos; un dia sus enemigos, arrojándose sobre él, le insultaron, le crucificaron, le dieron muerte. Y desde entonces el Calvario es el camino de los perfectos.

Muchos papas han seguido al divino Maestro en el camino de la cruz; hoy es Pio VI el que anda por la calle de Amargura.

«¡Oh, pobre Padre Santo! exclamó *Juan María*; yo quisiera poder liberarle; pero, ya que los que le persiguen son tan malos, rogaré á Dios que les castigue.

«No, hijo mio, replicó la Condesa, jamás esto has de hacer; para nadie has de pedir castigo; recuerda que JESÚS crucificado pidió perdon al Padre eterno para sus verdugos; pídele á Dios que los convierta y los salve.»

En este diálogo, que contiene tan fecundas como concisas enseñanzas, la Condesa preparó el corazón de su hijo para recibir el espíritu de misericordia, de perdon, de olvido, que han caracterizado todos los actos de la vida de Pio IX.

Tales fueron las relaciones del niño *Juan María* con el papa Pio VI.

Relaciones secretas, ocultas á la observacion de los hombres, pero evidentes y agradables á los ojos de Dios.

Si el santo anciano hubiera presumido que oraba por él en la tierra misma un ángel tan poderoso, sintiera mas aliviado sin duda el insoportable peso de su cruz; pero algo debia presumir, porque la sobrenatural resignacion, la admirable serenidad conservada en medio de los mas crueles atropellos, necesariamente habian de apoyarse en angélicos auxilios.

La familia Mastai Ferretti debia participar de la gloria de aquella persecucion.

El Obispo de Pésaro, que hemos dicho ya era tio carnal del hoy Pontífice romano, á causa de su fidelidad á los principios é intereses de la santa Iglesia, fue desterrado de su silla y encerrado en la ciudadela de Mantua.

La firmeza de un personaje tan allegado al augusto niño, su constancia, su teson, su dignidad, no podian menos de influir en el observador ánimo del ilustre sobrino.

Acostumbrábase la Providencia á estas terribles escenas de las cuales debió tantas veces ser el admirado héroe.

El desprecio de las tentaciones, la imperturbabilidad ante los peligros, la inflexibilidad en el estricto cumplimiento del deber, se le presentaron como virtudes tradicionales en su familia.

La conciencia de la deshonra del hombre que cede ó ante el respeto humano, ó ante la perspectiva de la gloria, de los títulos ó de la riqueza, iba formándose en él, constituyendo y solidando las bases del incomparable valor con que debia arrojar al rostro de la astucia y de la fuerza de los poderes el *non possumus* en que se han estrellado los programas de destruccion.

Un padre íntegro, una madre piadosa, un tio perseguido á causa de su celo pastoral, hé ahí las figuras del cuadro doméstico que la Providencia desplegó ante el niño Mastai Ferretti, para que aquel triple ejemplo de virtud ayudara á santificar su infancia, y preparara el fervor de su edad juvenil.

Otras enseñanzas reservaba Dios al augusto niño en aquel primer período de su existencia.

Al ver decaido y próximo al sepulcro al invicto Pio VI, los hombres irreligiosos jactábanse de haber llegado el fin del Pontificado católico. «Esta vez, exclamaban, con el Papa morirá la institucion; la Silla se hunde con el Pontífice.»

Á decir verdad, nada mas pavoroso á los ojos humanos que la crisis que

atravesaba la Iglesia. La sociedad se hallaba descreída y desmoralizada á un tiempo; la diplomacia habia perdido el último sentimiento de respeto á la justicia, y el carácter tradicional de la Iglesia era motivo suficiente para que se aunaran los esfuerzos de los que habian jurado renovar, ó mejor, sustituir todas las antiguas instituciones sociales.

«Decapitemos la Iglesia,» esto es, impidamos el nombramiento del sucesor de Pio VI; esta era la consigna.

Los que tenian fe en las promesas del Salvador descubrian en este grito la esperanza de ver cumplidas y satisfechas sus aspiraciones, y los verdaderos creyentes se veian forzados á alejar de su alma, como si fuera una tentacion, el temor de que se realizaran los augurios de los impíos.

Sí, la idea sobre la que se trababa en aquellos dias la batalla religiosa de las inteligencias era el problema de la permanencia de la Santa Silla.

Pio VI ¿será el último papa? se preguntaban.

La catolicidad contestaba: *no*.

Pero este *no* solo era dictado por la fe; el criterio humano se inclinaba á la afirmativa.

Pio VI murió en el destierro.

¡Tremenda angustia! ¿Tendremos papa? ¿Lo tendremos pronto? ¿Nos será preciso devorar los peligros de un cisma? Tales eran las preguntas que los católicos fervientes se dirigian.

Papa no podia faltar, esto lo dictaba la fe; pero podian sobrevenir conflictos en su eleccion.

Los que además de fe tenian esperanza, abrigaban la certidumbre de que el Señor velaria para que la paz fuera conservada en el interior de la Iglesia, ya que tan combatida era la Iglesia en su exterior.

Penoso fue en verdad el parto del conclave; cerca de cuatro meses tardaron los Padres á ponerse de acuerdo, hasta que al fin el Espíritu Santo solventó todas las dificultades. Los candidatos de las diversas fracciones desaparecieron, un nombre salió de todos los labios; el del cardenal Chiaramonti.

La noticia de su eleccion fue el primer regocijo que sintió completo en la vida el niño *Juan María*.

«Tenemos papa, decian sus padres, la Iglesia no es ya huérfana; la Silla pontificia no ha sucumbido; la impiedad se equivocó.»

La satisfaccion de los padres se reflejaba en el corazon del hijo. «¿No ves, hijo mio, le decia la Condesa, en qué paran los alardes de los incrédulos? Al morir Pio VI, aseguraban, no habrá mas papa; y hé ahí que Pio VI murió, y Pio VII le ha sucedido; ¡gloria sea dada á Dios!»

Si el cielo hubiera permitido al Ángel que velaba para que se cumplieran los providenciales destinos de la casa Mastai levantar una punta del velo que ocultaba el porvenir, aquella madre se hubiera sorprendido al saber que el niño cuya fe estaba alentando tenia reservado continuar un dia la gloriosa serie de los Pios.

Ocho años contaba de edad nuestro Pontífice cuando la nueva de la eleccion de Pio VII inundó al mundo de esperanza.

En el período de vida que vamos á relatar, que fue término de su infancia y principio de su juventud, la sociedad tenia su clave en el entonces reinante Papa.

Todo el movimiento político y religioso de aquella época, ó mejor, de aquella faz de nuestra época, convergia é irradiaba de Roma; y el sumo sacerdote, luz, calor, fuerza, ser de la ciudad capital, era como hoy el objetivo y el móvil.

Permitásenos, pues, que consideremos este período de la historia del ilustre *Juan María* relacionado con el Pontífice que se sentó en el primer año de este siglo en el *ara pontificia*, ya que las penas, el martirio de Pio VI habian devuelto al trono del Papa el antiguo carácter de cadalso, transformando en verdadera ara su cátedra gloriosa.